

Mi momento en la tierra

Segunda parte

Estocolmo 1965-1974

El 2 de agosto de 1965 llego a Estocolmo, después de acabar mis prácticas en una granja en Dinamarca. Al día siguiente me presento en la oficina de empleo y me ofrecen un trabajo en la empresa LM Ericsson en Telefonplan como recogedor de bandejas en el comedor de los trabajadores. La ventaja del trabajo, además de que estaba bien pagado para mis necesidades, es que tenía las tardes libres y podía ir a la universidad, a la Biblioteca Nacional o a otros sitios de mi interés. Aprendí que los sindicatos estaban organizados por clase social, no por empresa. Los obreros tenían su sindicato, los oficinistas el suyo y los directores el suyo. Los obreros tenían su comedor, a donde podían ir con su propia fiambra o comprar alguno de los platos del día. Los oficinistas sin embargo iban a otro comedor con mantel en las mesas y eran servidos por camareros. Después de unos cinco meses en el comedor de los obreros avancé a camarero en el otro comedor, aunque no duré mucho allí.

En septiembre volví por una semana a Barcelona para examinarme de algunas materias que me quedaban sin aprobar. No tuve buen éxito. Durante el verano apenas había dedicado tiempo a los estudios. A mi vuelta a Estocolmo me encontré con que la habitación que tenía alquilada se había vuelto a alquilar a otra persona. Tuve que volver a empezar con el sistema de buscar alojamiento en los albergues de juventud, donde se podía estar cuatro días seguidos, pero no más. En verano cuando llegué a Estocolmo no era problema, pero en el otoño ya varios habían cerrado. Encontré uno tan lejos como a 30 kilómetros del centro, cerca del parque nacional de Tyresta. Tuve para mí solo durante cuatro días una casita y viví una experiencia muy singular con calefacción de leña que yo mismo

alimentaba. Pude hasta recoger setas que llevé al restaurante en el que trabajaba y las comimos los empleados una vez guisadas por el cocinero. Por fin encontré una habitación, que compartí con otro español, en el semisótano de un chalet cerca del trabajo.

Un día de otoño, cuando iba a coger el metro para ir a casa, ya bastante tarde, me encuentro con un borracho que no podía sostenerse y se caía a cada paso que daba. Le cogí del brazo y le ayudé hasta la oficina de policía más cercana. Entramos y les digo al personal que esta persona necesita ayuda. La policía me responde que no es asunto suyo y que me lo lleve de allí. Mi respuesta fue que tampoco era asunto mío, y que hicieran con el borracho lo que quisieran. Allí le dejé.

En noviembre cayó la primera nevada. Lo que me sorprendió es que la nieve no desapareció directamente. Vinieron nuevas nevadas y la nieve se iba acumulando en las calles. Un día de febrero muy frío, hizo 25 grados bajo cero, venía de un baile en la ciudad y los autobuses eran pocos por la noche y no llegaban a todos los puntos. Tuve que andar al menos dos kilómetros hasta casa, y las orejas se me quedaron heladas tomando un color blanco. Por suerte la propietaria de la casa me aconsejó cómo hacer para recuperar la forma de las orejas sin problema.

En abril de 1966 empecé en un laboratorio fotográfico, donde solo estuve tres meses. Éramos un grupo de tres personas que teníamos que hacer el trabajo de revelado y secado de carretes. Según yo iba aprendiendo, los otros dos se iban ausentando del trabajo para ir a charlar con las chicas que hacían la reproducción de las fotos. Al no llegar a tiempo para después de colocar los carretes ir al secado y secar las cintas me quejé al director técnico, quien me explicó que éramos tres en el trabajo. Ese mismo día lo dejé. Recuerdo que lloré de rabia por la explotación de la que había sido objeto por parte de mis propios compañeros. Con eso quedé en una situación de

incertidumbre, con trabajos esporádicos en restaurantes, y varias veces me vino la idea de volver a España.

Una tarde que iba corriendo a la Biblioteca Nacional tropecé con un andamio que habían puesto para renovar la fachada de un hotel cercano y empecé a sangrar en la cara. Fui a la guardarrope de la biblioteca y pregunté al conserje si tenían “alcohol”. Aunque me vio sangrando no entendió que lo que le pedía era alcohol para limpiar la herida, y no para beber. Fui al lavabo y me limpié con agua. No era nada grave, pero es algo que recuerdo hoy todavía.

En junio de 1966 fui a la Biblioteca Nacional y me entrevisté con el director en funciones de la biblioteca, mientras el director estaba enfermo. Me dijo que ya me llamarían si tenían algún trabajo, y ciertamente, a los tres meses me llega una carta en la que el director en funciones me ofrece un trabajo en la sección de adquisiciones de libros extranjeros. Con este trabajo, primero de pruebas y luego fijo, se acabó mi idea de volver a España. Parte de mis primeros sueldos fue para comprarme una radio de mesa con despertador en tres mensualidades, que lo pude hacer gracias al aval de un amigo sueco que estaba estudiando español. La radio la conservo todavía y aunque algo destartada funciona.

En ese verano antes de empezar mi trabajo en la Biblioteca Nacional fui invitado a visitar Finlandia y a los amigos finlandeses que conocí en Barcelona y que me ayudaron en el aprendizaje del sueco. Fue una semana interesante. Primero visité al amigo que vivía en Turku, y de allí viajé hasta Kuopio, al este de Finlandia, donde vivía el otro. Este era hijo de una familia de labradores bastante pobres. Había poca comida, pero el entorno era idílico. Había lagos alrededor donde pudimos ir de pesca en una barca de remo. Fue la primera vez que pude probar la sauna finlandesa, y me quedé sorprendido de los beneficios que me proporcionó.

Estudios en Estocolmo

Cuando me registré en la universidad de Estocolmo para seguir los estudios que había dejado en Barcelona no me sirvieron de nada los tres años que ya había estudiado. Solo me reconocieron el bachillerato, esto es, el derecho a ingresar en la universidad. Empecé estudiando filosofía y luego pedagogía. Para de alguna manera compensar la pérdida de años me registré también para estudiar o convalidar el español, pero en un grado superior. Tuve que hacer un examen de traducción del sueco al español y el catedrático sueco me suspendió por una expresión que él no aceptó. Posteriormente me reconoció que los profesores españoles sí lo habían aprobado. Parece que tenía una aversión sobre todo a estudiantes latinoamericanos. Lo sé porque al final nos veíamos con frecuencia en la Biblioteca Nacional e incluso yo le ayudaba en la búsqueda de documentos. De cualquier modo no lo intenté de nuevo con él, sino que fui a la universidad de Uppsala, donde sí obtuve el grado de español que buscaba, aunque tampoco fue sin esfuerzo, ya que además de ir a clases con frecuencia tenía que hacer una tesina, en este caso sobre un autor de teatro. No recuerdo muy bien su nombre ni la pieza de teatro, solo que era un autor considerado de vanguardia y con gran sentimiento social. Lamentablemente no conservo el texto de mi tesina. Entonces no era como hoy, que es fácil hacer copias y reproducir el texto en forma digital.

Después de un año en Estocolmo pude moverme a una residencia estudiantil céntrica, con lo que tenía todo a cinco minutos. La habitación era sencilla, pero tenía todo lo necesario. Con un calentador de agua podía hacer sopa o café. Los productos que necesitaban frío para conservarse los colgaba de la ventana en un cubo medio redondo preparado para poder colgarse por la ventana. Las habitaciones estaban a ambas partes de un largo corredor. El contacto entre estudiantes en la residencia era casi nulo. Recuerdo que mi vecino de enfrente después de un año llama a mi puerta, y el

motivo era que le ayudara en una pregunta sobre el español, del que él iba a examinarse. Lo que habría ganado si me hubiera contactado antes y nos hubiéramos podido hacer amigos.

Los cursos de filosofía eran por la tarde. Había un par de profesores que eran muy populares, y después de las clases íbamos la mayoría con el profesor a un café en las cercanías de Odenplan. Recuerdo que uno de ellos tras unos años volvió a su ciudad natal para ser profesor de escuela. Quiso ser consecuente con su ideal político. No dejó de escribir en revistas políticas, sobre todo sobre Vietnam y sus artículos eran muy referidos y discutidos entre los activistas suecos. En pedagogía tuve una profesora que hablaba muy bien de China. Mao Tse-tung era entonces popular en el entorno estudiantil. Cuando alguien le preguntó si había estado en China dijo que sí. A los alumnos nos explicó que estar en un sitio no necesita ser físicamente. Se puede estar físicamente en medio de un acontecimiento y no enterarse de nada. Yo lo interpreto también en el sentido de que uno puede ser un creyente de una ideología y no ver lo que hay alrededor. Para mí aquella profesora no interpretó bien la situación en China. Yo tenía un ejemplar del libro rojo de Mao Tse-tung, que había llegado a mi trabajo en la Biblioteca Nacional y que la biblioteca no tenía intención de conservarlo, y pude ver que las frases de Mao poco se diferenciaban en la forma de las de la falange española.

Durante los primeros meses me hice amigo de un español que decía ser vasco y contaba historias inverosímiles difíciles de creer y verificar, y de un mexicano. Íbamos juntos a muchas partes. A veces íbamos a una cafetería de un supermercado en Odenplan donde la cajera era española. Como sabía que apenas teníamos dinero, de vez en cuando nos cobraba solo una parte de la consumición. La amistad con el español se acabó cuando en las revueltas estudiantiles de mayo de 1968 se erigió en líder de la revuelta. Los estudiantes nos reunimos en los locales del sindicato estudiantil en solidaridad con

los estudiantes franceses que habían iniciado la revuelta estudiantil del 68. Se sucedieron una serie de actos y al fin del día se presentó el entonces ministro eclesiástico Olof Palme, que luego a fines de 1968 cambió el nombre a ministro de educación, para intentar convencer a los estudiantes de no hacer actos precipitados. En la televisión se pudo ver a mi amigo en un trato despectivo con el ministro. Luego se decidió a su propuesta iniciar la ocupación de los locales del sindicato estudiantil. Era como ocupar su propia casa. Yo ya había abandonado el local y seguía el proceso en la televisión. Después de un par de días al acabarse la ocupación decidieron ir en manifestación hasta el parlamento. Al llegar al cruce entre Sveavägen y Kungsgatan antes de llegar al Palacio de Conciertos el semáforo se puso en rojo. La marcha se paró. Ahí acabó la revolución sueca.

Yo por entonces era miembro de la sección de las juventudes socialistas universitarias suecas y pocos días antes habíamos hecho una visita a Olof Palme con propuestas de mejoras para los estudiantes, entre otras la petición de un sueldo estudiantil. Esto no se logró pero sí hubo una subida de la parte del préstamo estudiantil que no había que devolver.

Algunos fines de semana en verano me dedicaba a ir en bicicleta. Una vez fui desde Estocolmo a Julita Gård a través de Västerås y Eskilstuna, algo más de 200 kms. Tardé tres días entre ida y vuelta. Dormía o descansaba algunas horas a la orilla de un lago. En verano podía haber 22 horas de luz, y la noche no era apenas oscura. A mi vuelta ya cerca de Estocolmo me acompañó otro ciclista, que era noruego, y con quien no tuve problema en entendernos. En otra ocasión viajé hasta Mariefred y Strängnäs. En mis años en Estocolmo tuve hasta cinco bicicletas, que me las robaron seis veces. Una de las bicicletas la recuperé cuando vi a uno con ella en el centro de Estocolmo y le paré. Desgraciadamente me la robaron de nuevo. Tengo que decir que en aquellos tiempos éramos pocos los

inmigrantes, así que los robos tuvieron que ser en su mayoría por jóvenes suecos.

Interés político

Mi interés político había empezado ya en España. Recuerdo un día en Barcelona cuando la radio informaba de las huelgas de estudiantes de una manera que me parecía falsa. Al comentarlo, mi padre se enfadó, pero yo pude decir que lo había vivido en la universidad de manera distinta a como lo explicaban en la radio. En mis viajes a Gales durante el verano me encontré por el camino con españoles en el exilio que me hablaban de los horrores del franquismo, que yo desconocía. Mi primera reacción fue de incredulidad. En una ocasión pude encontrarme en Toulouse con el secretario general del partido socialista Rodolfo Llopis. Tuvimos una conversación muy interesante. Fue entonces cuando empecé a entender el exilio y sus nefastas consecuencias para los implicados.

En Estocolmo creamos una sección de las juventudes socialistas por iniciativa de un político español que era miembro del partido socialista sueco y más tarde obtuvo cargos políticos en el municipio de Haninge, al sur de Estocolmo. Durante varios años tuvimos varias actividades, entre otras la publicación de dos revistas, una *Suecia Laboral*, apoyada por las juventudes socialistas suecas, y otra posterior *Punto de Vista* apoyada por el sindicato sueco de los trabajadores. Ambas revistas se enviaban a España a personas y organizaciones clave, también a instituciones gubernamentales franquistas. La censura no logró interceptarlas, salvo en casos puntuales. También escribí algunos artículos para el diario *La Vanguardia*, que cobré al viajar a Barcelona. Uno de ellos era sobre la píldora y ese no me lo aceptaron. Así que dejé de escribir.

Algunos quizás sepan que en Suecia el tráfico era a la izquierda hasta el 3 de septiembre de 1967, cuando se cambió a la derecha, un poco

como se hace ahora con el cambio de la hora. Ese día lo recuerdo muy bien porque la policía me multó por conducir bicicleta sin luz cuando ya estaba cerca de casa. Pero también lo recuerdo porque aún cuatro años después las escaleras y las puertas de las estaciones de metro muchas estaban organizadas para que los viajeros se colocaran a la izquierda. Escribí un pequeño artículo en el diario *Dagens nyheter* sobre lo inapropiado que era, y que era irrelevante en qué dirección circulaban los trenes para condicionar el tráfico de los viandantes. Pronto empezaron a suceder cosas después de mi artículo, las puertas del metro se cambiaron, las escaleras se adaptaron para que la gente fuera a la derecha y el movimiento de las personas volvió al cauce europeo continental, esto es, ir por la derecha y adelantar por la izquierda.

Aunque nuestra sección socialista no participó en el congreso de Suresnes en 1974 sí dimos apoyo a la candidatura de Felipe González para acabar con la anomalía de que la directiva del partido estuviera en el exilio. Yo también en una revista propia mimeografiada, *Objeción, no violencia, oposición*, hacía hincapié en que sin una oposición dentro de España no habría cambio político. Tuve la ocasión de viajar a Barcelona antes de que mi pasaporte caducara y encontrarme con los socialistas catalanes.

Objeción al servicio militar

Entre 1968 y 1970 participé en la actividad de objetores de conciencia suecos. Me ayudaron también a presentar un escrito en la embajada española de Estocolmo en pro de una legislación por la objeción de conciencia en España. Ya en 1968 presenté el deseo de cambiar el servicio militar con un servicio social. En la práctica me convertí en el primer objetor de conciencia aparte de los testigos de Jehová. El embajador de España que entonces era Alfonso de Borbón tramitó mi petición y propuesta de cambio de ley al ministerio de

asuntos exteriores y al ministerio del ejército. En realidad se elaboró una primera propuesta de ley que no fue aprobada en las cortes. El 15 de julio de 1970 inicié una huelga del hambre a las puertas de la embajada pidiendo que se dejara de celebrar el 18 de julio, que conmemoraba el inicio de la guerra civil. Antes de plantarme ante la embajada fui al puesto de policía más cercano y pedí protección policial en caso de que alguien quisiera agredirme. Los tres días de huelga, salvo por la noche, tuve un policía a mi lado. El diario más importante sueco *Dagens nyheter* en su segunda página se hizo eco de la huelga el 17 de julio. La colonia española también participó el 18 de julio con una manifestación y una sentada dentro del patio de la embajada. La sentada tuvo que acabarse cuando un anarquista entró en la embajada y sacó una bandera anarquista desde una ventana. La embajada llamó a la policía para que desahuciaran el espacio de la embajada. Los manifestantes salieron en forma ordenada detrás de mí, que estaba a la entrada con mi mujer y mi primer hijo que acababa de cumplir un año, marchando unos metros hasta la entrada principal de Skansen, el museo de Estocolmo al aire libre, donde la manifestación se disolvió. A partir de ese año se acabaron las celebraciones oficiales del 18 de julio. Justo esos días había atracado en el puerto un crucero español con unas 3.000 personas. Muchos pasaron delante de mí y se enteraron de mi protesta y dejaron de ir a la recepción preparada por la embajada a la que estaban invitados.

Tengo que decir que el entonces embajador D. Alfonso de Borbón se comportó ejemplarmente conmigo en todo momento. Recibió al comité sueco de objetores junto a mi lado, tramitó mi propuesta a las autoridades en España y logró que por primera vez al menos se hiciera una propuesta legislativa, aunque no prosperara finalmente. Era demasiado pronto. Una de las noches durante mi huelga el embajador salió a saludarme y a invitarme a entrar dentro y tomar algo. Naturalmente le dije que no, pero se lo agradecí. A pesar de

nuestras diferencias vi en D. Alfonso de Borbón a un demócrata comparado con lo que era el gobierno español durante la dictadura. Lamentablemente me desilusionó al ver que poco después de dejar la embajada se casó con la nieta del dictador.

El encargado de la embajada de España cuando empezó la guerra se llamaba Ernesto Dethorey. Al acabar la guerra fue él quien tuvo que ir al ministerio sueco de asuntos exteriores y depositar las llaves de la embajada. Él y su mujer, que era sueca, se quedaron en Suecia. Siguió trabajando por la democracia en España escribiendo sobre todo en periódicos y revistas del exilio, y también creando opinión en Suecia. Escribió un artículo sobre mi huelga de hambre que se difundió a través de Prensa Euzkadi en Estocolmo. Dethorey era muy apreciado en la colonia española, que iba aumentando con los años, y también entre la élite cultural sueca. A sus noventa años estuvo de fiesta con familia y amigos y al volver a casa dijo a su mujer que se sentía cansado y quería primero descansar un rato en la cama con la ropa puesta junto a su mujer. Al rato sintió ella que la mano se había enfriado. Había muerto tranquilamente. Su mujer me lo contó profusamente, y estaba muy agradecida que la muerte llegara de esa manera. Es algo que yo desearía a todos.

Por aquel tiempo había un movimiento democrático dentro de España con avances dispares. Un caso algo desconocido eran las manifestaciones solitarias de un demócrata en Alcalá de Henares partidario de la no violencia. Su postura era que como la ley no prohibía las manifestaciones en solitario instaba a todos a manifestarse saliendo todos los domingos a las doce de la mañana con una pancarta, pero por separado. Escribió un libro sobre no violencia que yo presenté en mi revista. No le siguió nadie en España. Yo intenté apoyarle con lo poco que podía. Aprendí que no por fácil que sea una propuesta está la gente decidida a secundarla.



Mi trabajo de auxiliar y asistente de biblioteca

En septiembre de 1966 entré de auxiliar en la Biblioteca Nacional sueca en la sección de adquisiciones, que se encargaba sobre todo de adquisiciones de libros extranjeros. Una parte importante eran las tesis doctorales de los Países Bajos, Alemania y Francia. La mayoría se almacenaba según iba llegando y mi trabajo era hacer una ficha de catálogo interna, salvo para algunas tesis que obtenían otro trato y pasaban a las colecciones ordinarias. También había otros trabajos en la sección, como el ser responsables de otras colecciones o del depósito fuera del edificio en Humlegården que se localizó en Bålsta, a unos 50 kilómetros. Un hito fue la adquisición de una biblioteca llamada Roggebiblioteket, en Strängnäs. Como miembro de la sección pude visitar esta ciudad histórica, por la que ya había pasado en una de mis escapadas en bicicleta, que cuento en otra parte.

Mi sección era también la encargada de registrar las revistas científicas que llegaban a la biblioteca. Entonces aprendí la importancia de tener a una persona encargada que no se cambiara cada dos por tres. La persistencia en el trabajo es fundamental en algunos puestos para que el trabajo funcione. En una de las revistas alemanas había un concurso que yo rellené, y para mi sorpresa me gané un reloj de los que no hay que darle cuerda cada día o usar batería, sino que bastaba con el movimiento de la muñeca para que siguiera funcionando. Lo tuve bastantes años.

En aquel entonces no había una escuela para bibliotecarios, salvo para los que trabajaban en las bibliotecas públicas. Yo hice el curso para asistente de biblioteca que se impartía en la Biblioteca Nacional. El paso de auxiliar a asistente era muy grande. Con ello mejoré mi estatus rápidamente.

Una anécdota de aquellos años: en abril de 1970 fui con mi mujer y nuestro primer hijo a visitar a unos tíos de ella, que tenían una casita de campo al lado del lago Skaulo, en tierra sami en el norte de Suecia, cerca de Gällivare. Pasamos una semana idílica en tierras heladas, circulando con un trineo por medio del lago de un lado a otro. Yo tenía un cansancio acumulado muy grande y esas vacaciones me vinieron muy bien, sobre todo cuando alargamos las vacaciones con un viaje a Finlandia a visitar a los padres y hermanos pequeños de mi mujer, ya que era Pascua. Envié una postal con un motivo sami a mis compañeros de la biblioteca. Se esparció un rumor de que yo era experto en cultura sami, un rumor que llegó hasta los oídos del director de la biblioteca. Un día me llama por el teléfono interno con su característica fórmula “soy yo” y me pide que vaya al restaurante de la biblioteca a comer con él. Cuando bajo me presenta a una investigadora francesa, y durante un tiempo habla de que tenemos intereses comunes y más tarde deduzco que lo que pedía es que la ayudara en su trabajo sobre la cultura sami. En ese momento le dije que experto no era en absoluto. A poco viene el jefe de mi sección y preguntado por el director él dice que sí, que soy experto en cultura sami. Al final se solucionó el malentendido. En algo sí pude ayudar a la investigadora, sobre los fondos de la biblioteca. Y para decir verdad, en algo también ayudé más tarde a los sami a presentar su cultura en Suecia y dar consejos a una bibliotecaria en el parlamento sami, que se creó unos veinte años después de esta anécdota.

La ayuda de la Biblioteca Nacional a otras bibliotecas se concretó en la creación de otra sección, “servicio institucional”, de la que pasé a formar parte al cabo de unos años. Durante un tiempo colaboré con

el instituto de estudios latinoamericanos publicando una bibliografía de escritos suecos sobre Cuba, que entonces era muy popular en Suecia, y otra sobre toda Latinoamérica. Para este trabajo dediqué muchas horas en los depósitos subterráneos de la biblioteca. Incluso algún día me quedé de noche sin ir a casa a dormir. Entonces era posible. Algunos años más tarde el sistema de seguridad no permitió que nadie se quedara dentro fuera de las horas de apertura.

La universidad de Estocolmo estaba muy esparcida por la ciudad. Cada institución tenía su biblioteca. Cuando se empezó a construir un centro común en Frescati el primer traslado de biblioteca fue el de la institución de asuntos sociales, que estaba cerca de Odenplan. Se me adjudicó este trabajo a mí, para durante seis meses preparar el traspaso de los libros. No solo era contar los metros de estanterías necesarios, sino también hacer un inventario con ayuda del catálogo existente, anotar los libros perdidos, relocalar los que estaban en una sección equivocada. Después de esta biblioteca vinieron las demás, y se fueron colocando en la intersección entre los distintos cuerpos de A a F, que configuraban los nuevos edificios universitarios en Frescati. Con este trabajo para la institución de ciencias sociales pasé a formar parte de los empleados de la biblioteca de la universidad en creación, aunque formalmente seguíamos bajo la autoridad de la Biblioteca Nacional. Luego, cuando yo ya me había trasladado a Borås, se construyó una biblioteca separada de estos edificios y adquirió estatus propio como biblioteca universitaria.

A principios de 1974 fui nombrado responsable para dirigir la sección de revistas de la nueva biblioteca. Lo primero era integrar todas las materias, ya que de momento cada centro de estudios tenía sus propias revistas y los estudiantes tenían que ir de una biblioteca local a otra para leer las revistas de su interés. De todos modos no logré empezar de verdad con mi nuevo cargo, salvo realizar la concentración de las revistas en una sola sala. En una conferencia nacional sobre bibliotecas me encontré con un profesor de la recién

creada Escuela de Bibliotecarios en Borås que me expresó la falta de profesores en algunas materias y me invitó a buscar una de las plazas vacantes. Se daba el caso que poco antes mi jefe de la biblioteca universitaria se había opuesto a que me encargara del traslado de la biblioteca del Centro Nacional de Estadística con un sueldo más alto del que tenía. Y eso que el nuevo sueldo, dos puntos más alto, era el propuesto por el director de la biblioteca de estadística. La opinión de mi jefe es que no lo merecía. Así que mi aliciente a seguir con este jefe en lo que ya era la biblioteca universitaria fue disminuyendo. Busqué el puesto en Borås y fui aceptado. Con ello acabó mi época en Estocolmo.

Un par de años antes el sindicato de la construcción que tenía su sede en Solna, al norte de Estocolmo, me pidió que les reorganizara su biblioteca y facilitara el préstamo de los libros que tenían. Desde casa en bicicleta solo eran cinco minutos, así que durante las tardes en unos meses la biblioteca quedó lista con instrucciones cómo proseguir por cuenta propia.

Mi trabajo por la migración

Mi interés político por España también se expresaba en la mejora de la situación de los inmigrantes, de los que yo era parte. Todo comenzó con las clases de sueco que las escuelas de tarde proporcionaban con apoyo estatal. En la mayoría de las escuelas tenían alumnos académicos y analfabetos en la misma clase. Así no se podía aprender mucho. Yo fui un par de veces y luego lo dejé. Me hubiera ido bien aprender un poco más rápido, pero no fue un problema. En menos de medio año de vivir en Suecia ya había traducido la obra de Selma Lagerlöf *Herr Arnes penningar*, que una vez obtenido el trabajo en la Biblioteca Nacional lo pasé a máquina haciendo tres copias, que encuaderné, una de ellas para la misma biblioteca. 20 años más tarde reproduje el texto español en entregas

de un capítulo por número en la revista *Invandraren* y recuerdo haber solo cambiado un par de palabras en todo el texto. Luego lo publiqué como libro con el título *Las monedas de don Arne*.

En 1969 se creó la dirección general de inmigración. Recuerdo especialmente que hacían seminarios y conferencias para explicar su política y presentar entre otras la revista *Invandrarartidningen, Información* en español. El texto en sueco era pueril y la información a veces errónea. Yo empecé a criticarlo en algunas de estas conferencias, pero lo interesante es que al oír la crítica los dirigentes decían que la revista no era suya sino de una fundación. La dirección general de inmigración parecía también interesada en presentar a los inmigrantes como personas necesitadas de ayuda y tenían en sus reuniones algún que otro inmigrante que apenas sabía sueco y podía expresar opiniones inteligibles.

Poco después empecé a participar en la redacción de una revista creada por una organización cultural de inmigrantes. Recuerdo una nota que hice en la revista cuando la región de Estocolmo decidió cambiar el sistema de pago para buses y metro creando una tarjeta única mensual que reducía sustancialmente el gasto para la mayoría. Se fijó el primer tiempo en 50 coronas. Como el gasto de transporte para el trabajo se podía deducir en la declaración de renta yo hice el cálculo que el estado ganaba unos 200 millones en ingresos ese primer año. La región tardó unos cuatro años en hacer el mismo cálculo y llegó a la conclusión que el estado ingresaba entre 160 y 200 millones de coronas más. Era una forma de pedir que el estado les compensara por lo que la región perdía. No era para tanto, la región ganaba también en menos administración y más agilidad.

De todos modos no tardamos mucho en tener un conflicto en la redacción. El motivo principal fue que se había también creado una revista en Lund con el título *Invandraren*, el Inmigrante, pero ya antes de salir el primer número la dirección general de inmigración sacó una revista con el mismo nombre. En Suecia había que pedir permiso

al Ombudsman de Justicia y ese permiso lo había obtenido el redactor de la revista de Lund. Yo escribí un artículo en la revista de la que era redactor en Estocolmo defendiendo el derecho del redactor inmigrante de Lund. El redactor jefe de mi revista escribió una carta al director de inmigración excusándose de mi artículo, que dijo no podía rehusar por ser yo miembro de la redacción. Con eso acabó mi participación futura. La dirección de inmigración publicó tres números, pero antes de sacar el cuarto tuvo que cambiar de nombre. Yo había enviado una protesta al ombudsman de justicia, que me dio la razón.

Lamentablemente el redactor de la revista en Lund no aguantó la concurrencia desleal y solo sacó un número y se despidió con un segundo que consistió en la publicación de los derechos humanos en inglés en forma de cartel 70x100. Un par de años más tarde el redactor se suicidó. Quizás no había relación entre el suicidio y la revista, pero puede que acelerara su propensión negativa.

Un año más tarde, en 1972, la dirección general de inmigración organizó su primera reunión medio clandestina con algunos inmigrantes. Los participantes fueron por invitación personal. Yo me enteré después por uno de los participantes y empecé a planear una reunión para fines de año completamente abierta a todos llamada Parlamento del Inmigrante.

El Instituto del inmigrante

En septiembre de 1972 reuní a un grupo de inmigrantes de distintas nacionalidades y decidimos crear un grupo de trabajo para fundar el Instituto del Inmigrante. Nuestra primera acción fue convocar a todos a un Parlamento del Inmigrante el 2-3 de diciembre. En él participaron representantes de organizaciones de inmigrantes, de la sociedad civil sueca y de las autoridades concernidas con la

migración. Fue la primera reunión abierta en la que se pudo debatir sin restricciones.

En enero de 1973 se fundó el Instituto del Inmigrante, del que yo fui su primer secretario. Empezamos las actividades con reuniones públicas sobre el derecho de los niños a su lengua materna en la escuela, el derecho al voto de los inmigrantes en las elecciones locales, el derecho a intérpretes y muchas cosas más.

Los primeros pasos del Instituto del Inmigrante fueron rápidos y positivos. Para informar sobre la migración creamos una revista *Invandrarrapport*, primero mimeografiada con diez números al año, y posteriormente impresa con tres-cuatro números por año. En cada portada publicábamos una obra de algún artista inmigrante, y en la portada de atrás un poema de un escritor inmigrante. Se publicó durante 28 años hasta 2001.

Para alquilar un local tuvimos que hacerlo a través de un ciudadano sueco que asumió el alquiler. Tampoco era muy apto para reuniones. Era un semisótano de dos habitaciones, donde para llegar había que pasar por delante de una lavandería de la comunidad y del cuarto de la basura. Durante mucho tiempo ha sido difícil para las organizaciones de inmigrantes encontrar un local para alquilar. Algunos municipios tuvieron que avalar el alquiler o alquilar locales municipales. Así que no era nada especial.

Pronto empezamos a crear una biblioteca sobre la inmigración y otras actividades de información, con una serie *Uppsatser och debatt*, donde el primer trabajo que publicamos fue el trabajo que hizo mi mujer para obtener el título de profesora preescolar, sobre la lengua materna de los niños en la escuela y la preescuela.

Compramos una máquina offset con la que imprimíamos la mayor parte de la información, la revista *Invandrarrapport* y también algunos librillos. No siempre quedaron bien. A principios de 1975 trasladamos la oficina a Borås, después de que yo obtuviera un

trabajo fijo en la escuela de bibliotecología. Para dejar el local de Estocolmo quien lo había alquilado tuvo que dejar los muebles y las estanterías que habíamos comprado. Así que a Borås solo llegaron cartones con libros. Los primeros nuevos estantes tuve que ponerlos yo personalmente, hasta que pude recuperarlos cuatro años más tarde.

Del local hay experiencias positivas y algunas no tanto. Pronto pudimos emplear a través del servicio sueco de apoyo a trabajadores con discapacidad a una oficinista que sabía escribir muy bien a máquina y otros trabajos administrativos. Al dejar el local en diciembre de 1974 su trabajo oficial acabó, pero planeamos que viniera a Borås a la nueva oficina. Le ilusionó mucho y fijamos la fecha para una visita, pero poco antes se suicidó. Sus problemas psíquicos los conocíamos, era precisamente uno de los motivos por los que trabajaba con nosotros, donde no tenía que vivir el estrés que puede haber en el mercado del trabajo regular. La pena de su muerte me ha acompañado durante muchos años.

Teníamos otro empleado encargado sobre todo para los contactos entre los miembros y la preparación de actividades. Era un poeta nicaragüense, un buen escritor, que tenía dificultad en conservar un trabajo. Al principio creíamos que era por ser objeto de discriminación. Con el paso del tiempo entendimos también nosotros que se debía a su forma de ser. Para cualquier cosa teníamos que especificar porqué él y no otro tenía que hacer un trabajo concreto. Estando yo ya en Borås le pedí que llevara un material al centro cultural de Estocolmo donde íbamos a celebrar una conferencia un fin de semana. Tuve que ser yo mismo antes de la conferencia quien fuera a recoger el material de nuestra oficina. Pedimos su cese, y tardamos seis meses en conseguirlo, aunque la oficina de empleo entendía nuestro dilema.

Vida familiar

Recuerdo cómo era en Barcelona cuando iba a bailar los días de fiesta. Las chicas en general decían que no a bailar. Yo me preguntaba muchas veces por qué iban a las salas de baile. En Suecia era al revés. Excepcionalmente alguna chica podía decir que no a bailar. Es en uno de estos bailes en la Casa del Pueblo de Estocolmo en el verano de 1966 cuando conocí a mi futura esposa. Era oriunda del norte de Finlandia y había trabajado un par de meses como ama de llaves en la casa veraniega de una condesa cerca de la ciudad de Borås. Otra compañera de ella que trabajaba en la cocina y habían venido juntas desde Finlandia para trabajar todo el verano en Suecia tuvo la indiscreción de comer a hurtadillas de un queso que la condesa conservaba para sus huéspedes y ella notó la falta. Fue despedida directamente, y mi futura mujer dijo que si su compañera tenía que marcharse ella no iba a dejarla sola. Así que ambas se vinieron a Estocolmo. Pasado el verano se fue ella a una escuela superior popular de internado cerca de Gotemburgo, una forma de estudios que existe en los países nórdicos para quienes no tienen el bachiller pero quieren prepararse para la universidad o para el mercado del trabajo. A principios del verano siguiente volvió a Estocolmo y seguimos viéndonos. Hicimos un viaje a Finlandia a casa de mi futura esposa con motivo de la boda de una de sus hermanas y pude conocer a toda la familia. Para el otoño decidió ir a otra escuela de internado en Helsingör, Dinamarca. Después de este ningún internado más. Durante el verano de 1968 hicimos un viaje a Besançon para estudiar francés durante un mes, y luego a Barcelona a visitar a mi familia. Entonces no lo sabía, pero tardé ocho años en volver a España, por mi negación a hacer el servicio militar.

Nos casamos en octubre de 1968. Fue en una ceremonia sencilla en la iglesia finlandesa de Estocolmo junto al Palacio Real. Luego fuimos con nuestros testigos, el amigo que me había ayudado a comprar una radio al principio de mi trabajo en la Biblioteca Real y su mujer, a

comer al restaurante donde se suelen reunir los miembros de la Academia Sueca, *Den Gyldene Freden*. Un par de meses antes habíamos encontrado una habitación al sur de Estocolmo, en un bajo de un chalet, a 30 kms del centro. Por la ventana veíamos un lago y para ir al trabajo teníamos que coger un autobús a unos 200 metros de la casa. En los meses de otoño apenas había luz al ir y al venir del trabajo, así que teníamos que llevar una linterna de bolsillo, justo lo que un vendedor nos había regalado en nuestro viaje en autostop al sur de Europa.

Poco después logramos trasladarnos a un piso más céntrico, en el barrio de Bromma, gracias a que un hermano de una compañera de trabajo iba a estar haciendo el servicio militar durante un año. Ahí nació nuestro primer hijo. Pasado el año tuvimos que trasladarnos de nuevo, esta vez también lejos del centro, a unos 15 kilómetros, a una zona residencial en construcción, Orminge, en la comuna de Nacka. El piso lo habíamos logrado gracias a ahorros mensuales en una cooperativa de viviendas. Era grande para nuestras necesidades, pero no había muchas más opciones. La ventaja es que teníamos un apoyo a la vivienda al tener un hijo, y poco más tarde dos. El entorno era idílico. Podíamos hacer paseos al bosque cercano, sin coches cerca. Para ir a trabajar era más complicado. El servicio de transporte al centro de Estocolmo era entonces muy complicado. Había que hacer varios cambios, y si uno perdía un autobús perdía otros enlaces con retraso extra, aparte del ya largo tiempo de viaje. Sobre todo para volver a casa si me había retrasado por las clases en la universidad. Así que hice una petición de préstamo al Banco Nacional para pagar una entrada a un piso céntrico que estaba acabando de construirse y en donde se pedía una entrada algo superior a las de las cooperativas, ya que era una nueva forma de propiedad. El Banco Nacional daba préstamos en aquel entonces para la vivienda, con una renta favorable. Les presenté un presupuesto, a mi parecer creíble, pero no lo logré. Tampoco les convenció mi argumentación sobre los

beneficios económicos por el tiempo ahorrado. Luego fui al banco estatal donde me llegaba mi sueldo y ahí sí tuve suerte. Desde este nuevo piso en Valhallavägen solo tenía cinco minutos a mis diferentes trabajos y a la universidad.

Ahí nació nuestro tercer hijo, una niña. Una anécdota de entonces la protagonizaron diez estudiantes de Barcelona que vinieron a Estocolmo por las navidades y financiaron parte de sus gastos participando con su banda tuna en algunos de los restaurantes de la ciudad, sobre todo en *Brända Tomten*, en el centro de la ciudad. Les invité a casa el día de Nochebuena, y mi mujer les preparó una tortilla española personal para cada uno envuelta en papel de aluminio. En Suecia no hay reyes magos pero sí papá Noel. Así que era el día de los regalos.

Cuando nuestro segundo hijo iba a cumplir un año nos fuimos de vacaciones a la isla de Gotland. Es una isla muy apreciada en Suecia y a nosotros también nos gustó. Alquilamos una casita en una playa del este de la isla y tuvimos un tiempo excelente para que nuestros hijos pudieran disfrutar y el pequeño empezar a andar. Apenas entendíamos nada de lo que decía la gente si hablaban en dialecto. Para mí era más fácil entender el noruego que el dialecto de Gotland.

Otro verano, el último en Estocolmo antes de trasladarnos a Borås, fuimos un par de semanas también a una casita de verano a una isla muy pequeña al este de Estocolmo, Grinda, una de las muchas del archipiélago. Tengo que reconocer que todos los preparativos para el viaje los hacía mi mujer. Yo apenas era de gran ayuda. En esta ocasión estuve a punto de estropearlo todo. Mientras mi mujer y los niños iban al barco que los llevaría hasta la isla a mí se me ocurrió ir todavía a la oficina del instituto del inmigrante para dejar en orden el envío de un número de la revista. Perdí el barco y tuve que ir en autobús a una ciudad donde el barco atracaba y hacía escala. Les alcancé, pero no fue un buen comienzo de las vacaciones. Llovió casi todo el tiempo, aunque los niños lo pasaron bien. Podíamos ver

corzos y otros animales afuera de la ventana a cuatro metros de la casita. Estábamos en medio de la naturaleza. También veíamos a los barcos que iban y venían entre Finlandia y Suecia. Eran mucho más grandes que los islotes entre los que se movían.

Mi mujer estudiaba para maestra infantil y yo también seguía estudiando, así que nos turnábamos en el cuidado de los niños sin dejarlos en guardería. Un corto período los dejamos unas horas al día en una guardería estudiantil enfrente de nuestra casa. El resultado fue que el menor dejó de andar y de hablar. Era su forma de protestar. Buscamos a alguien que estuviera con ellos en casa algunas horas, entonces fue mejor y volvió a andar y hablar sin más problema.

En Estocolmo dábamos largos paseos, en bosques cercanos y también en la ciudad, sobre todo íbamos a Djurgården donde estaba el museo al aire libre de Skansen, con casitas donde mostraban oficios medievales y con un zoo apropiado para los niños. Por las tardes podíamos ir a *Gröna Lund*, un parque de atracciones popular en Suecia, que está también en la isla de Djurgården.

Nunca sabré si el traslado a Borås fue mejor o peor. Simplemente la vida fue diferente para toda la familia. En Borås los hijos pudieron desarrollarse en un ambiente donde todo lo tenían cerca, la escuela, la biblioteca, los espacios de ocio. También pasaban más tiempo en casa sin sus padres, aunque estábamos a unos metros de distancia. Pero hoy entiendo que para los niños la distancia es la misma si los padres están en otro sitio y no en casa con ellos.

Continuará, ¿vale?

Miguel Benito,

taranco.eu

miguel.benito@taranco.eu